

## XVIII

## LA MISERIA

Trasladaremos al lector á la calle del Templo á la guardilla que habita la desdichada familia del lapidario Morel. Son las cinco de la madrugada: en las calles reina profundo silencio; nieva y la noche es oscura y fría. La pálida luz de una vela sostenida por dos palitroques encima de una tabla cuadrada, atraviesa á duras penas las tinieblas de la guardilla; recinto estrecho y cuya techumbre formada en sus dos tercios por el armazón del techo, acaba por describir con el suelo un ángulo muy agudo, que por todos puntos deja ver la parte inferior de las verdosas tejas. Los tabiques revocados con yeso ennegrecido por el tiempo y hendido en mil grietas, dejan ver los carcomidos listones que forman aquellas delgadas paredes, en una de las cuales hay una descoyuntada puerta que conduce á la escalera. El suelo, cuyo color no tiene nombre, infecto y viscoso, está cubierto de pajas corrompidas, de asquerosos pingajos y de algunos de esos huesos que los pobres compran á los infimos revendedores de comestibles podridos, para roer los cartilagos que todavía están pegados á ellos. Esta espantosa incuria ó es indicio de mala conducta ó de una miseria honrada; pero tan destructora siempre, que el hombre anonadado y sumido en la degradación, no siente ya el deseo, ni la fuerza, ni la necesidad de salir de ese cenagal, en donde se revuelca como una fiera en su guarida.

Durante el día ese chiribitil recibe luz por una abertura angosta y oblonga, abierta en el declive de la techumbre, y tapada con una vidriera que se abre y cierra por medio de una cuerda. Á la hora en que colocamos la escena, la ventana estaba cubierta por una espesa capa de nieve. La vela, puesta á poca distancia en medio de la guardilla y sobre la mesa del lapidario, traza en este punto una especie de zona de luz pálida, que debilitándose poco á poco, se pierde en la sombra que sepulta el resto de la guardilla. Encima de la pesada mesa de encina, tosca, y llena de grasa y sebo, centellean un puñado de diamantes y de rubies de magnitud y brillantez admirables.

Morel trabajaba en fino y no en falso, como él decía, y según lo pensaban todos los habitantes de la casa. Gracias á esta inocente mentira, la pedrería que se le confiaba parecía valer tan poco, que estaba seguro de no ser robado. Tantas riquezas puestas á disposición de tanta miseria nos dispensan de hablar de la probidad de Morel, que sentado en un banquillo sin respaldo, vencido por el cansancio, por el sueño y por el frío, porque ha trabajado toda la noche, reposa sobre la mesa su cabeza entorpecida y sus entumecidos brazos. Su

frente está apoyada en una ancha muela que se ve sobre la mesa, y esparrados cerca de ella una sierra de fino acero y algunas otras herramientas. El artesano muestra su calva frente circuida de algunos cabellos grises, y su traje consiste en una vieja chaqueta de punto de aguja puesta sobre la piel, un mal pantalón de lienzo, y unos rotos zapatos de orillos de paño. El frío de aquella estancia es tan glacial y penetrante, que el artesano, á pesar de la soñolencia, hija de la extenuación de sus fuerzas, tiritaba á cada instante. La longitud del carbonizado pávilo de la vela, indica que hace rato que Morel dormita, y no se oye allí más que su respiración fatigosa, porque los otros siete habitantes de la guardilla no duermen.

En aquel angosto recinto viven ocho personas: Cinco hijos, el menor de los cuales tiene cuatro años y el mayor apenas doce, su madre enferma, y una vieja octogenaria é idiota, que es la abuela. El frío debe ser bien intenso, puesto que el calor natural de ocho personas hacinadas en tan reducido espacio, no entibia siquiera aquella atmósfera. Esto consiste también en que de aquellos cuerpos débiles, mezquinos, arrecidos y aniquilados desde el más niño hasta el viejo, *se desprende poco calórico*, como diría un sabio. Á excepción del padre de familia, adormecido un momento de puro cansancio, nadie duerme; porque el frío, el hambre y las enfermedades obligan á tener los ojos muy abiertos. Nadie sabe hasta qué punto es un bien para el pobre el sueño profundo y saludable, durante el cual rehace sus fuerzas y olvida sus males. ¡ Cuán alegre se despierta y cuán dispuesto al más pesado trabajo al acabar de una de esas noches bienhechoras, después de las cuales aun los hombres menos religiosos, en la acepción católica de esta palabra, experimentan un vago sentimiento de gratitud, si no hácia Dios, á lo menos hacia el sueño! y quien bendice el efecto, bendice la causa.

La horrible miseria de ese artesano comparada con el valor de las pedrerías que se le confían, es uno de esos contrastes que á la vez desconuelan y elevan el alma. Este hombre tiene de continuo ante su vista el lastimoso cuadro de los dolores de su familia sobre la cual han caído todos los males, desde el hambre hasta la locura, y respeta esas piedras preciosas, de las cuales una sola librería á su mujer y á sus hijos de las privaciones que lentamente los matan. Es que cumple sencillamente con el deber del hombre honrado. ¿ Mas porque ese deber sea tan sencillo es acaso su cumplimiento menos grande y menos hermoso? Las circunstancias en que se cumple con el deber, ¿ no pueden hacer su práctica más meritoria? Ese artesano que se mantiene misereble y probo en medio de tantos tesoros, ¿ no representa acaso la inmensa y formidable mayoría de los hombres que condenados para siempre á las privaciones, pero apacibles, laboriosos, resignados, ven todos los días sin odio y sin envidia cómo brilla á sus ojos la magnificencia de los ricos? ¿ No es acaso noble y consolado

pensar que no son ni la fuerza ni el miedo, sino el buen sentido moral el que enfrena ese espantoso océano popular, que desbordado podría absorber la sociedad entera, burlándose de sus leyes y de su poder, como la mar enfurecida se burla de los diques y de las murallas? ¿No se siente uno inclinado entonces con todas las fuerzas de su alma hacia esos hombres generosos que piden un poco de calor al sol, en cambio de tanto infortunio, de tanto valor y de resignación tanta?

Dirijamos otra mirada á ese cuadro de miseria espantosa y procuremos representarlo en toda su horrible desnudez. El lapidario no poseía más que un delgado colchón y un pedazo de manta destinados á la abuela idiota, que por efecto de su estúpido egoísmo no quería hacer partícipe de su lecho á persona alguna. Al principio del invierno se había puesto furiosa y ahogado casi al más pequeño de los hijos á quien quisieron hacer dormir con ella. Era una niña de cuatro años, tísica, y que se quejaba mucho de frío en la paja en donde dormía con sus hermanos de ambos sexos. No tardaremos en explicar ese modo de dormir, revuelta en montón toda una familia, cosa que se ve con mucha frecuencia en clases pobres. En cambio, cuántos animales están tratados como sibaritas, puesto que hasta se les renueva la cama de paja. Tal es el cuadro completo que presenta la guardilla del artesano cuando la vista logra atravesar la penumbra á donde va á morir el pálido resplandor de la vela. Á lo largo de la pared maestra menos húmeda que los tabiques, está tendido en el suelo el colchón en que descansa la vieja idiota. Como no puede sufrir cosa alguna en la cabeza, la lleva toda rapada dejando ver el contorno de su aplastada frente: sus espesas cejas grises sombrean las profundas órbitas, de las que sale una mirada de un brillo salvaje; sus facciones lívidas y llenas de arrugas están pegadas á los huesos de la cara. Replegada en sí misma, y con la barba junto á las rodillas tirita de frío, porque la manta harto chica para arroparla del todo, deja al descubierto sus desnudas piernas y la parte inferior del andrajoso vestido que lleva puesto. Aquella cama despedía fétido olor. Á poca distancia de la cabecera de la abuela está extendido paralelamente á la pared el jergón que sirve de cama á los cinco niños. Se han cortado los dos extremos del lienzo y metido á los chicos entre una paja húmeda y nauseabunda, de manera que el forro del jergón les sirve de sábana y de cobertor al mismo tiempo. Á un lado tiritan tres muchachos, y al otro dos niñas, una de las cuales se halla gravemente enferma, y éstas y aquéllos están vestidos, si vestido pueden llamarse algunos miserables andrajos. Sus rostros pálidos, y dolientes están medio ocultos por las cabelleras rubias, y encrespadas que su madre les deja crecer como un preservativo contra el frío. Uno de los chicos con los dedos envarados tira hacia la barba el forro del jergón, otro por temor de que los dedos se le enfrien tiene agarrado el lienzo con los dientes que dan uno con

otro, y el tercero se aprieta entre los dos hermanos. La segunda de las hijas consumida por la tisis, reclina lánguidamente su lívida cara sobre el helado pecho de su hermana de cinco años, que en vano procura calentarla entre sus brazos estrechándola con ellos.

En otro jergón puesto en el fondo de la estancia enfrente del de los niños está echada la mujer del artesano, de edad de unos treinta y seis años, consumida por una fiebre lenta y por una enfermedad dolorosa que la tienen en aquel rincón hace muchos meses. Un viejo pañuelo azul apretado en su abatida frente hace resaltar más todavía la biliosa amarillez de su flaquísimo rostro. Terribles ojeras circuyen sus ojos hondos y mortecinos, y en sus pálidos labios se ven muchas sangrientas grietas. Su triste y macilenta fisonomía y sus arrugadas facciones, revelan uno de esos caracteres dulces, pero sin entereza y sin energía, que no luchan contra la desgracia, sino que doblan la cerviz, y se rinden. Mujer débil, impasible y de cortos alcances, fué honrada porque su marido lo era; pero entregada á sí misma, quizás la desgracia la hubiera corrompido. Amaba á sus hijos y á su marido, pero carecía de valor y de fuerza para dominar sus amargas quejas acerca de su común infortunio; de modo que el lapidario cuyo asiduo trabajo era el único sostén de la familia, se veía muchas veces obligado á interrumpirlo para consolar y tranquilizar á la pobre valetudinaria. Su marido á fin de calentarla, había echado sobre el agujereado trapo que la cubría algunos harapos tan viejos y tan remendados, que no quiso recibirlos el que prestaba dineros sobre prendas. Todo el ajuar de esta familia consistía en un hornillo, un cazo, una olla de barro desportillada, dos ó tres tazas rajadas, una cubeta, una tabla para enjabonar, y un grande cántaro de barro colocado cerca de la descoyuntada puerta que el viento estremecía á cada instante.

Ilumina este doloroso cuadro la vela cuya llama agitada por el aire que silba entre los claros de las tejas, unas veces arroja su luz pálida sobre aquellos montones de miseria, y otras sobre el montón de diamantes y de rubies puesto sobre la mesa en que dormita el artesano. Maquinalmente los ojos de aquellos desgraciados, todos despiertos y mudos desde la abuela al niño más pequeño se clavan en el lapidario que es su solo recurso y su única esperanza. Por efecto de su sencillo egoísmo, se angustian al ver que no trabaja, y que sus fuerzas están al parecer agotadas. La madre pensaba en los hijos, los hijos pensaban en sí mismos, y la idiota no parecía pensar en nadie. Incorporóse de repente, cruzó sobre su pecho de esqueleto sus brazos largos, secos y amarillos como si fueran de boj, miró la luz y alzóse lentamente llevando consigo, cual si fuera un sudario, el pedazo de cobertor. Era de alta talla y su desnuda cabeza parecía desmesuradamente chica, un movimiento espasmódico agitaba su labio inferior, grueso y pendiente, y el conjunto de aquel asqueroso

rostro era el tipo del embrutecimiento. Adelantóse con mucho tiento á la mesa como un niño que va á hacer alguna travesura. Cuando pudo alcanzar la



La idiota no parecía pensar en nadie.

vela acercó á la llama sus trémulas manos, cuya flaqueza era tanta, que la luz que resguardaban les dió una especie de livida transparencia.

Magdalena Morel seguía desde su rincón los más mínimos movimientos de la vieja que calentándose las manos al amor de la vela contemplaba con curiosidad

imbécil los destellos de los rubíes y diamantes que chispeaban sobre la mesa. Absorta en este espectáculo acercó las manos á la llama, quemóse y arrojó un grito que despertó á Morel. Era éste un hombre de cuarenta años, de fisonomía abierta, dulce y despejada, pero marchita y enflaquecida por la miseria. Su barba entrecana y larga cubría la parte inferior del rostro picado de viruelas; surcaban su calva frente precoces arrugas, y sus inflamados párpados daban manifiesto indicio de que pasaba muchas noches en completo insomnio. Los artesanos de constitución débil y dedicados á un trabajo sedentario y que los obliga á estar siempre en una posición misma, suelen contraer deformidades, y tal le aconteció á Morel. Encorvado siempre sobre la mesa, é inclinado hacia el lado derecho á fin de dar movimiento á la muela, se había corcovado hacia esa parte. Su brazo derecho que de continuo movía la muela, había adquirido gran desarrollo muscular, mientras que la mano y el brazo izquierdos inertes siempre y apoyados en la mesa á fin de presentar las facetas de los diamantes á la acción de la muela, estaban reducidos á un estado de flaqueza y consunción espantosos. Las piernas embotadas por la falta absoluta de ejercicio, podían sostener apenas aquel cuerpo extenuado, cuya vitalidad y cuya fuerza parecían haberse concentrado en la única parte puesta por el trabajo en continuo movimiento. El mismo Morel decía con una resignación admirable, que no tanto comía por él, como para reforzar el brazo que daba vueltas á la pequeña máquina.

Cuando el lapidario despertó encontróse cara á cara con la idiota y le dijo :  
— ¿ Qué tenéis ? ¿ qué queréis ? idos á la cama y no hagáis ruido, porque Magdalena y los niños duermen.

— Yo no duermo, dijo la mayor de las niñas, sino que procuro calentar á Adela.

— Á mí no me deja dormir el hambre, dijo uno de los muchachos, porque no me tocó ayer noche ir á cenar con la señorita Alegría.

— ¡ Pobres niños ! exclamó Morel con amargura : creía que á lo menos dormían.

— Tenía miedo de despertarte, dijo Magdalena, pues á no ser así te hubiera pedido de beber, porque la calentura me da mucha sed.

— Al momento : pero es preciso que antes hagas acostar á tu madre. Vamos, abuela, no toquéis las piedras, dijo á la vieja que iba á coger un rubí cuyo brillo la tenía embelesada ; idos á acostar, abuela, idos.

— Esto, esto, respondió la idiota señalando la piedra que codiciaba.

— ¡ Qué me voy á enfadar ! dijo Morel ahuecando la voz para espantar á su suegra, cuya mano separó dulcemente de la piedra.

— Por Dios, Morel, dijo Magdalena, dame de beber porque me abraso.

— ¿ Pero cómo quieres que lo haga ? No puedo dejar aquí á tu madre, no sea

que me pierda algún diamante, como sucedió el año pasado. Bien recuerdas lo que ese diamante nos cuesta, y sabe Dios lo que nos costará todavía. Félix, ya que no duermes levántate á dar de beber á tu madre.

— No quiero, no quiero, dijo ésta, ya me esperaré porque ese muchacho va á helarse.

— El mismo frío tendré levantado que en la cama, observó el niño poniéndose en pie.

— Acabemos, gritó Morel con voz amenazadora para sacar de allí á la suegra que se empeñaba en coger el rubí.

— Madre, gritó Félix, el agua del cántaro esta helada.

— Rompe el hielo, contestó Magdalena.

— No puedo, porque está muy duro.

— Morel, gritó la enferma, rompe ese hielo, ya que no tengo otra cosa para beber, beberé agua : pero por Dios no me dejes morir de sed.

— ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío ! dadme paciencia. ¿ Cómo quieres que lo haga, mujer, si deajo aquí á tu madre ?

En efecto no podía deshacerse de la abuela que irritada por la resistencia del yerno rugía como una furia. Llámala, dijo Morel á su mujer, podrá ser que te haga caso.

— Madre mía, idos á acostar ; no alborotéis la casa, y os prometo que mañana os daré café.

— Esto, esto, volvió á decir la idiota insistiendo en coger el rubí á todo trance. Morel procuró rechazarla con dulzura, pero fué en vano.

— Si no la amenazas con el látigo, gritó Magdalena, no adelantarás nada ; ya sabes que no hay otro remedio.

— Tienes razón, pero aunque esté loca me repugna mucho amenazar con el látigo á una pobre anciana. Y en seguida dirigiéndose á la vieja que procuraba morderle y á la cual él contenía con una mano, gritó con voz terrible : Si no os acostáis al momento cojo el látigo. Viendo que estas amenazas eran inútiles, agarró el látigo que estaba encima de la mesa, lo hizo chasquear y amenazó á la abuela diciéndole : Á la cama ahora mismo, á la cama. Al oír el chasquido la vieja se retiró de pronto, no sin gruñir entre dientes y sin dirigir á su yerno coléricas miradas. Á la cama, á la cama, gritó éste haciendo chasquear otra vez el látigo. Entonces la [vieja se fué lentamente á su escondrijo andando hacia atrás y amenazando al yerno, que deseoso de terminar aquella escena cruel para dar de beber á su esposa, se adelantó hasta la abuela, haciendo chasquear el látigo y diciendo : Á la cama, á la cama.

La vieja estremecida rugió con furor, se arrojó sobre el lecho y se acurrucó en él como un perro en la perrera, siempre refunfuñando. Los niños espan-

tados porque creyeron que su padre había pegado á la vieja, gritaron todos á una : No peguéis á la abuela, pobrecita.

Es imposible dar una idea del triste efecto de aquella escena nocturna, acompañada de los gritos de los niños, de los furiosos rugidos de la idiota y de los dolientes ayes de la infeliz mujer del lapidario.

## XIX

## LA DEUDA

Muy lejos estaban aquellas escenas de ser una novedad para aquel artesano y sin embargo, arrojando el látigo sobre la mesa y con acento desesperado gritó : ¡ Qué vida, Dios mío, qué vida !

— ¿ Y tengo yo la culpa, exclamó Magdalena llorando, de que mi madre haya perdido el juicio ?

— ¿ Y la tengo yo ? preguntó Morel. ¿ Qué es lo que yo pido ? Nada más que matarme trabajando para todos vosotros. Estoy en la faena día y noche sin quejarme nunca, y haré lo mismo mientras pueda : pero es imposible trabajar y ser al mismo tiempo guardián de un loco, sin perjuicio de cuidar á un enfermo y de los chiquillos ; no, el cielo no es justo ; esto es insufrible miseria. Y así diciendo dejóse vencer por la desesperación, y se sentó en el banquillo cubriéndose el rostro con las manos. Magdalena dijo entonces con voz quejumbrosa : ¿ Cómo quieres que yo lo remedie si en el hospital no han querido admitir á mi madre, porque no está bastante loca ? ¿ Qué adelantas atormentándote por lo que no puedes remediar ?

— Nada, dijo el artesano enjugándose una lágrima, tienes razón ; pero cuando uno se ve rodeado por tanta miseria, á veces no es dueño de sí mismo.

— ¡ Dios mío ! exclamó Magdalena, me muero de sed, y la fiebre me abrasa.

— Espera, espera, voy á darte de beber.

Morel cogió el cántaro, y después de romper con mucho trabajo la capa de hielo que cubría el agua, llenó con aquel fríasimo líquido una taza, y se fué para la cama de su mujer, que con la mayor ansia extendía hacia él las manos. No, dijo Morel reflexionando, con la calentura que tienes, te hara daño el agua tan fría.

— ¿ Me hará daño ? No importa, exclamó Magdalena con amargo acento, dámela cuanto más pronto acabe, mejor ; esto te desembarazará de mí, y no tendrás que ser enfermero, porque no habrá enfermo.

— ¿ Por qué me hablas así Magdalena ? No creo haberlo merecido : no aumentes mis pesadumbres porque apenas tengo la razón y la fuerza necesaria